

Secretaría de Prensa

INTERVENCION DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN PRESENTACION DEL LIBRO
"EDUARDO FREI: EL HOMBRE QUE SIEMPRE VA CONMIGO"

SANTIAGO, 30 de Marzo de 1992.

Amigas y amigos:

Cuando me sugirieron que dijera algunas palabras con motivo de la presentación de un libro sobre Eduardo Frei, no vacilé en aceptar la invitación, no sólo por la gran amistad que me unió con Eduardo sino por la gran admiración que le profeso y el valor que atribuyo a su vida y a su personalidad, como testimonio y ejemplo para los chilenos.

Pero cuando advertí que se trataba de presentar un libro no escrito, sino un libro de fotografías, en verdad no puedo ocultar que experimenté cierta perplejidad. ¿Qué se puede decir sobre un álbum fotográfico?

Como aquí se ha dicho, es una especie de álbum familiar, desde los ancestros, los abuelos, que figuran en la primera fotografía, desde Frei niño pequeño, hasta los distintos episodios de su vida, hasta su muerte.

Viendo el libro, y el domingo dediqué algunas horas a mirarlo con cuidado, fui advirtiendo algunas cosas verdaderamente significativas, no sólo era la evocación de ese Eduardo Frei que uno conoció. Era, en las distintas fotografías escogidas, la expresión de rasgos muy típicos de la personalidad de Frei y era,

en definitiva, es el libro, como la vida de Frei, un testimonio de humanidad. El libro, las fotos lo muestran en esos gestos tan típicos de él, en la forma tan característica como él tendía la mano para saludar.

Frei, no obstante toda la importancia que llegó a tener, tenía una cordialidad humana verdaderamente excepcional. El saludaba a todo el mundo, desde la persona más importante hasta el más humilde, con simpatía, con, diría con afecto, y tendía la mano en un gesto que era como de acercamiento, de abrir confianza.

Otro gesto que aparece en alguna de las fotografías es la risa de Eduardo Frei. La verdad es que Eduardo Frei tenía una risa verdaderamente poco frecuente, era una risa vital, una risa en que se sentía que era todo el ser de él que se reía, lo hacía con el corazón, con el alma, y hay una que otra fotografía en que eso queda muy claro.

Pero naturalmente no creo que ustedes esperen de mí que haga un análisis de las distintas fotografías y poses del libro como único comentario en esta oportunidad.

Pero no quisiera terminar esta parte de mis reflexiones sin echar de menos algo que a los autores se les fue. Yo, en la selección de las fotografías, habría puesto a Eduardo Frei en el San Cristóbal, porque Eduardo Frei tenía un cariño extraordinario por el San Cristóbal. Lo subía con frecuencia los domingos. Me contó en más de alguna ocasión que lo conocía como la palma de su mano, porque de joven había vivido en la casa que actualmente ocupa la sede de la Escuela de Arquitectura de la Universidad Católica, que era de un tío de él, y desde allí salía a excursionar por el San Cristóbal.

Ustedes dirán ¿qué importancia tiene esto? Es que el afecto y el interés de Eduardo Frei por el San Cristóbal, que se tradujo en una obra real durante su gobierno de embellecimiento y creación del Parque Metropolitano, con todo lo que eso significa de importancia para la ciudad, tiene un sentido de amor a la naturaleza y de preocupación -hoy día tan de moda- ecológica que Eduardo Frei tuvo mucho antes de que esto de la ecología y el medio ambiente pasara a ser una preocupación generalizada. Entonces, siento que no hayan puesto una fotografía de Eduardo Frei subiendo el San Cristóbal.

Ahora, ya que de Eduardo Frei se trata, ¿cuál es, cuando

recordamos su figura y vemos su estampa, el legado fundamental que él nos dejó? Yo diría que es esencialmente un legado de humanidad.

Eduardo Frei fue un hombre sencillo, se formó en un hogar con modestos recursos, conoció las limitaciones de la pobreza, estudió, inicialmente, en una escuela pública en Lontué, tuvo compañeros hijos de modestos campesinos, y llegó donde todos sabemos que llegó. Y era, sin lugar a duda, un hombre llamado a gran destino, un hombre de un talento extraordinario, de una cultura muy grande, de condiciones excepcionales.

Pero esto último, y los lugares de ocupó, y el respeto que ganó en el mundo y las amistades que tuvo, no lo ensoberbecieron ni lo hicieron dejar de ser un hombre. Siempre se mantuvo sencillo y mantuvo su capacidad de comprensión hacia el resto de los seres humanos. Su preocupación fundamental, diría yo, era la que inspira todo el sentido de su lucha política y de su pensamiento, a través de sus múltiples libros y discursos, era la dignidad de la persona humana.

Y porque creía en el hombre y le preocupaba la dignidad del hombre, del ser humano, Eduardo Frei, que era un hombre creyente, que reconocía esa dignidad como consecuencia de la filiación divina del hombre, de su condición de hijo de Dios, tenía una muy grande preocupación ética.

Frei en su vida trasunta, en sus múltiples actuaciones, una lealtad a ciertos valores superiores, conforme a los cuales orienta su acción y a los cuales guarda permanente consecuencia.

Generalmente se piensa que la política es una actividad en que el fin justifica los medios y en que los escrúpulos morales son un obstáculo para el logro de las aspiraciones o de los fines que se persiguen. Eduardo Frei fue un ejemplo del político consecuente que en toda su acción trató de sujetar su conducta a patrones éticos superiores. El respeto a la verdad, el reconocimiento de la respetabilidad del prójimo, la tolerancia con el adversario y el respeto al adversario, la búsqueda de la justicia, la afirmación permanente de la libertad, son constantes en su pensamiento y constantes en su conducta.

Yo creo que estas características constituyen un legado que trasciende el patrimonio de una familia, de un partido, y que enriquece el patrimonio cultural y valórico de la Patria entera.

Por eso aunque su actitud y su conducta política mereció críticas, e incluso fue objeto de ataques, porque eso es inherente al accionar político, recuerdo que cuando me incitaba a

comprometerme más en este mundo del quehacer político y yo, con aficiones más universitarias, tenía dudas, él me dijo en alguna ocasión, "pero tenlo claro, para actuar en política hay que tener cuero de elefante", con lo cual quiso decir que había que saber resistir las incomprensiones, las críticas, los ataques muchas veces injustos y no desmoralizarse por tales conductas, que había que saber ponerse una coraza frente a esos hechos, y siendo consecuente con los valores que se profesan seguir adelante.

Eduardo Frei lo fue. Lo fue en medida extrema, y no guardó ni odio ni sentimientos mezquinos de ninguna especie contra quienes fueron sus adversarios, a veces injustos con él. Esa capacidad de humanidad lo llevó a saber, comprender, aún a quienes no lo comprendían a él.

Otro rasgo, íntimamente vinculado con éste que he señalado, expresión también de esta condición humana, fue el rechazo permanente de Frei a la violencia.

El decía, y creo que lo dijo antes que Solzhenitsin, Solzhenitsin lo expresó en una frase que es histórica, en su discurso al recibir el Premio Nobel: "La mentira es la madre de la violencia; la mentira y la violencia van indisolublemente ligadas". Frei tenía un rechazo vital a la violencia, unido a un rechazo igualmente vital a la mentira, y esto se expresó en múltiples ocasiones de su vasto quehacer político.

Quisiera terminar estas palabras, que han nacido más espontáneas de el corazón que de una elaboración intelectual, pero que responden a la imagen que en largos años de amistad y convivencia en la actividad partidista y política me formé del Presidente Frei, quisiera terminar diciendo que honrar su memoria y tratar de extraer de su figura, de su figura humana, del hombre que era, ejemplo y lecciones para nuestra propia conducta y para inspirar la dignidad en el desempeño de la función pública, para ennoblecer la vida cívica nacional, yo creo que es una tarea de bien nacional.

Y en ese sentido, la publicación de este libro, libro de imágenes, ligadas a algunos pensamientos escritos al pie de esas imágenes o cada cierto número de páginas, que nos recuerdan el testimonio de la vida de este hombre, es una contribución útil para no sólo el recuerdo de Eduardo Frei, sino la dignificación de la convivencia entre todos los chilenos.

Muchas gracias.

* * * * *

SANTIAGO, 30 de Marzo de 1992.

MLS/EMS.